

CULTURA, HISTORIA Y ESTADO:
Pensadores en clave macrofilosófica

Realización: GIRCHE

**Grup Internacional de Recerca “Cultura,
Història i Estat”**



La Busca edicions

Copyright © Los autores

ISBN: 978-84-941816-1-0

Depósito legal: B-24158-2013

©Realización: GIRCHE (Grup Internacional de Recerca “Cultura Història i Estat”)

Directores de GIRCHE:

Prof. Gonçal Mayos Solsona (UB)

Prof. José Luiz Borges Horta (UFMG)

Coordinación, Edición y Corrección:

Prof. Gonçal Mayos Solsona (UB)

Prof. Francis García Collado (FUB-UAB)

Prof. Saulo Pinto Coelho (UFG)

Soporte Editorial:

Paula Arizmendi

Yanko Moyano

Entidades Colaboradoras:

CAPES (Fundação Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior do Governo Federal - Brasil)

CNPq: Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico

FAPEMIG (Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de Minas Gerais - Brasil)

FUB-UAB (Fundació Universitària del Bages)

UB (Universitat de Barcelona)

UFG (Universidade Federal de Goiás)

UFMG (Universidade Federal de Minas Gerais)

Diseño de portada: Marta Alonso

Diseño gráfico: MG & MG Adell

Impresión: Publicaciones Digitales, S.A.

San Florencio, 2 (Sevilla)

www.publidisa.com - (+34) 95.458.34.25

© La Busca edicions s.l.

Qualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo podrá ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Hay que dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), www.cedro.org, si se necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Busca edicions s.l.

Castellterçol 3

08023 Barcelona

Tel. 934874746

Correo electrónico: labusca97@hotmail.com

www.labusca.cat.

ÍNDICE

Prólogo	7
<i>Gonçal Mayos</i>	
Poder y secularización: Dante, Quidort y Padua y el camino para la Modernidad	25
<i>Karine Salgado</i>	
Crisis de la democracia liberal y globalización: recordando a Norberto Bobbio	41
<i>Cristiano Procentese</i>	
Pospolítica y Pluriverso a la luz de las guerras globales. Reconsiderando a Carl Schmitt	59
<i>Joan Morro</i>	
Bell Rings: la intuición de la posmodernidad en Daniel Bell	77
<i>Daniel Cabaleiro Saldanha</i>	
Hombre y sociedad en el gran lienzo de los riesgos: la otra Modernidad de Ulrich Beck	95
<i>Pedro Augusto Gravatá Nicoli</i>	
Hacia una ontología política descolonizadora. Filosofía y psicoanálisis en la primera obra de Frantz Fanon	113
<i>Leonardo Franceschini</i>	

François Jullien: China, filosofía y alteridad	131
<i>Marcelo Maciel Ramos</i>	
La articulación contextual-coyuntural en Stuart Hall ..	149
<i>Ricard Gómez i Ventura</i>	
Cultura y condición humana: la macroantropología de Clifford Geertz en La interpretación de las cul- turas	167
<i>Raoni Macedo Bielschowsky</i>	
Eva Illouz y las articulaciones macrofilosóficas de la cultura	185
<i>Paula Arizmendi Mar</i>	
Para una macrofilosofía de la educación: Paulo Freire y Jacques Rancière	205
<i>Francis García Collado</i>	
Signo, Narración, Historia. Ernst Cassirer y Paul Ricoeur	223
<i>Yanko Moyano Díaz</i>	
Geo-cultura, Historia y Estados en la teoría del Sistema-Mundo de Wallerstein	239
<i>Sergi Mas Díaz</i>	
Cultura, Historia y Estado de Derecho en la macrofilosofía de Miguel Reale	257
<i>Saulo de Oliveira Pinto Coelho</i>	

PRÓLOGO

Cultura, Historia y Estado: pensadores en clave macrofilosófica

Gonçal Mayos*

I

Hay palabras-mundo, totales, totalizadoras, omni-comprendivas, que lo llenan o parecen llenarlo todo y referirse a todo. Son palabras como “ser”, “nada”, “devenir”, para destacar la famosa terna inicial de la hegeliana *Ciencia de la lógica*.

Son términos tan amplios, globales y totalizantes que Hegel afirma que en el fondo vienen a significar casi lo mismo. Pues por ejemplo “ser” y “nada” coinciden en significarlo o abarcarlo todo excepto su contrario. Partiendo de la brillante argumentación de Parménides, Hegel destaca que “ser” lo incluye todo excepto la “nada” y esta —a su vez— también lo incluye todo excepto el ser. Así —en su simplicidad absoluta y por su macrosignificación— cada concepto remite al otro sucesivamente.

* Profesor titular en la UB (Universitat de Barcelona) y codirector de GIRCHE junto al profesor José Luis Borges Horta de la UFMG (Univerdade Federal de Minas Gerais) al cual dedicamos este prólogo.

Tales palabras-mundo y totalizantes suelen ser los grandes temas de la filosofía. Fascinan tan unánimamente y exigen ser pensadas precisamente porque a todos y a todo afectan, y nadie puede considerarse ajeno a ellas... al menos nadie con una ambiciosa mente filosófica y reflexiva.

El **Grupo Internacional de Investigación “Cultura, Historia y Estado”** (GIRCHE) se centra en tres de esas palabras-mundo o de esos conceptos-totalizantes que han inspirado gran parte de la filosofía y el pensamiento humano. Además los analiza con la máxima amplitud y ambición, en diálogo interdisciplinar con las ciencias y los distintos saberes humanos, de una manera macrofilosófica tanto como microfilosófica.

“Cultura” es una palabra-mundo de la máxima amplitud pues no debemos olvidar que el género humano es claramente la especie cultural, lingüística, simbólica por antonomasia. Todo en los humanos —incluso la naturaleza, la *physis* o su propia vida— se da en un marco cultural, lingüístico, simbólico. Por tanto consideramos que la “cultura” lo incluye en cierta manera todo, eso sí, conscientemente vinculado con la condición cultural y lingüística humana. Es decir bajo el presupuesto ontológico-existencial (en sentido de Kant, Hegel, Heidegger o Gadamer) de que los humanos solo podemos experimentar y conocer en la medida que todo es mediatizado, asumido y construido cultural y lingüísticamente. Por eso GIRCHE parte del más actual culturalismo y se inscribe en el contemporáneo “giro cultural”.

“Historia” interpretada como “historicidad humana” es también una amplísima palabra-mundo. Pues la humanidad construye (y deconstruye) su cultura y

lenguaje en su devenir histórico, es decir: mediante una compleja evolución en su manera de relacionarse, conocer y experimentar tanto el mundo como a sí misma. Por eso el ser cultural que es la humanidad también comporta ser histórico, tener historicidad, darse y revelarse a sí misma en el tiempo. Es por esta razón que GIRCHE presupone ontológico-existencialmente la historicidad y lingüística humana, de todo su pensamiento y de todas sus producciones.

“Estado” parece menos una palabra-mundo pues no siempre ha habido Estado en el sentido moderno. Ahora bien con esta palabra intentamos referirnos en GIRCHE en general y —como siempre— con la máxima amplitud a la institucionalización política y social de la humanidad. Y también aquí la condición humana es inseparable de algún tipo de institucionalización político-social por aparentemente simple que sea.

Si la humanidad es cultural e histórica también es necesariamente política e inseparable de una cierta institucionalización social. Ya los griegos clásicos y Aristóteles habían definido a la humanidad como *zoon politikon*, el animal político. Todavía hoy lo somos e incluso en la turboglobalización actual lo político y sus institucionalizaciones lo asociamos —en sentido lato— con el Estado. Es decir, se refiere a toda institucionalización o estatalización e incluye las relaciones internacionales y los valiosos intentos actuales de gobernanza mundial.

Por eso GIRCHE presupone ontológico-existencialmente la politización de todas las cuestiones humanas, remitiendo así a una radical condición agonista y conflictiva, y a la vez social y altruista. Asume así la

más lúcida tradición que va de los griegos hasta Nietzsche, Marx o Weber; pasando por Kant (la “insoportable sociabilidad”), Darwin y el darwinismo contemporáneo que reconoce una evolución “eusocial” en la humanidad.

En definitiva y por lo mencionado, GIRCHE se mantiene fiel a la ambición holista filosófica, pero investigando en diálogo transversal e interdisciplinar con las ciencias, dentro de la macrointersección entre “cultura, historia y estado”. Es decir: pensando macrofilosóficamente lo cultural, lo histórico y lo político-social con todas sus complejidades e implicaciones mutuas.

II

Macrofilosofía, actualización en un contexto post-disciplinar

La filosofía ha sido siempre la aproximación reflexiva y rigurosa más amplia y completa de la humanidad. Sin ninguna duda muchas ciencias han demostrado ofrecer conocimientos más sólidos, cuantitativos, efectivos y productivos. En cambio muchas veces la filosofía se ha tenido que contentar con dar respuestas tentativas e, incluso, limitarse a formular buenas preguntas y aceradas críticas. Ahora bien la buena filosofía ha tenido siempre valentía, lucidez y coherencia para mantenerse en el reto de pensar lo problemático con todas sus consecuencias.

Podemos explicar lo que queremos decir, glosando un famoso y agudo chiste: En medio de la noche, un borra-

cho mira obsesionado el charco lleno de barro que es la calle y, medio cayéndose, se abraza a un solitario farol que apenas ilumina unos pocos metros. Apiadado de su desesperación, un transeúnte le pregunta qué le pasa y el borracho contesta que ha perdido las llaves en el barro. El transeúnte comienza a buscar, mientras le pregunta si las ha perdido justo bajo el farol o un poco más allá. Entonces el borracho dice que en realidad las ha perdido muchísimo más allá donde reina una profunda e inquietante oscuridad. Sorprendido por tal respuesta, el transeúnte le inquiriere ¿por qué —entonces- no la busca ahí? Y el borracho -con extraña lucidez— argumenta que aquí hay luz, mientras que en donde ha perdido sus llaves reina la más terrible y acobardante oscuridad.

Sin duda la humanidad ha hecho muchas veces como el “sensato borracho” del cuento. Ha buscado donde tenía más probabilidades de encontrar algo y —¿por qué no reconocerlo?— donde era más cómodo buscar, que no en lugares casi imposibles y con muy pocas esperanzas de éxito. Y lo hacía aunque sospechara que era allí —en ese lugar tan “imposible y desesperante”— donde seguramente podría estar lo que en última instancia se buscaba. Con cierta sensatez, la humanidad se justificaba considerando que procediendo así de alguna manera, más indirecta pero más sólida y segura, se aproximaba también a aquellas cuestiones últimas que le preocupaban.

Ciertamente en tales casos, no se suele encontrar lo que verdadera y en última instancia se buscaba, pero sí otras cosas de gran valor y que de alguna manera recompensan tras haber modificado la búsqueda. En este contexto, creemos que el mínimo y más grande elogio de los

buenos filósofos es que normalmente han evitado cambiar de búsqueda y no se ha amedrentado ante el reto de buscar lo más difícil y esquivo en medio del barro más profundo, la oscuridad más inquietante y la más inclemente tempestad. Ciertamente y por eso mismo, esos grandes filósofos muchas veces no pudieron encontrar lo que buscaban pero —sin duda— se acercaron al mencionado reto, tanto cuanto puede hacerlo la finita humanidad.

¡Esa es la grandeza eterna de la filosofía! Algo que hoy a veces no se comprende porque como el cómodo, sensato e incluso astuto “borracho” generalmente buscamos donde mejores condiciones y esperanzas tenemos de encontrar algo valioso, algo que satisfaga y rentabilice nuestros desvelos, algo que podamos enseñar a la sociedad como inequívoco e indiscutible. En tales casos, la sociedad —que normalmente no se plantea las más profundas preguntas filosóficas— queda fácilmente admirada por nuestro descubrimiento y su aplauso nos ayuda a sobrellevar el sutil cambio experimentado en nuestras investigaciones —muchas veces similar al comentado en el chiste.

Muy grande y en todas partes se nota hoy la presión en favor de conocimientos pragmáticamente efectivos, positivamente indiscutibles, con resultados cuantitativos y experimentalmente comprobados, con efectos económicos muy claros, etc. Por eso los estudios disciplinadamente constituidos en tales direcciones se imponen a los que no son así. Vivimos en un tiempo hiperespecializado donde el modelo de las disciplinas científicas y técnicas se impone de modo generalizado; llegando a afectar a la propia filosofía.

Por eso últimamente se ha hecho casi única la eterna tendencia filosófica de atender con mucho cuidado a la propia tradición y estudiarla profundamente como modelo para el propio pensar. Hoy la “microfilosofía”, es decir, el estudio de la propia tradición y el análisis cuidadoso de los textos que nos ha dado y que nos enseñan a pensar (lo que Kant llamaba “filosofía escolar”), predomina totalmente y hace olvidar el pensar propio y —con él— encarar los retos del presente. Esto último es lo que Kant llamaba “concepto cósmico” de filosofía en toda su complejidad (es decir: lo que llamamos “macrofilosofía”).

Presionada por la hiperespecialización positivizante de los saberes y las ciencias durante la modernidad, la filosofía se ha visto obligada a cerrarse sobre sí misma, convertirse casi exclusivamente en “microfilosofía” y limitarse a repensar obsesivamente su tradición. Se olvida de salir a la calle y encarar los problemas de hoy aunque se den entre el barro, en una peligrosa oscuridad y en medio de inclemencias de todo tipo. En detrimento de esos riesgos e incomodidades, la filosofía de hoy tiende a abrazarse “microfilosóficamente” a los faroles de los grandes filósofos del pasado para estudiar hasta la saciedad solo lo que ellos iluminaron.

Además sus estudios “microfilosóficos” —muchas veces identificados con algún texto concreto— son convenientemente extraídos de la salvaje y vital búsqueda que normalmente presidió su origen y redacción. Ciertamente y como avisa Hegel, esos textos contienen los conceptos dispuestos con toda lógica y en toda una riquísima gama de grises, pero ocultan los contrastados colores de la vida y los conflictos que los originaron. En muchos sentidos son lo más ordenado,

coherente, sistemático, estructurado y razonable que algún filósofo del pasado fue capaz de hacer y eso les da —sin duda— un valor inmenso. Pero no debe hacer olvidar la complejidad, riqueza, incontrolabilidad, peligrosidad, incomodidad y oscuridad que presidió las experiencias y esfuerzos del filósofo que los escribió. Pues la filosofía no suele ser la tranquila, distante y protegida reflexión que en algunos ambientes se esgrime como tópico.

Se suele decir y es cierto en algún sentido, que hoy la filosofía no puede reclamar ningún objeto propio ni en exclusiva, y que ya no puede ser totalmente independiente de las ciencias, pues depende de las aportaciones de estas. Creemos que incluso en tal caso, la filosofía hoy no tiene por qué reducirse necesariamente solo a “microfilosofía”, también puede continuar aspirando a ser “macrofilosofía”.

Por importante y decisiva que sea su milenaria tradición, la filosofía no puede limitarse a ser la simple guardiana, comentadora y divulgadora de una tradición conclusa y de un canon ya cerrado. Tampoco debe renunciar a preguntarse por las cuestiones hoy vigentes por complejas y difíciles que sean. Por tanto tiene que continuar aspirando a la macrofilosofía.

Todo ello es hoy más importante —si cabe— en la medida que actualmente la filosofía es el único saber que todavía aspira a cuestiones y perspectivas globales, radicales, críticas y que asumen el reto rechazado por el “sensato borracho” del chiste. Las ciencias han optado —con incontestable éxito productivo— por la hiperespecialización y ello ha dejado solo para la filosofía la aspiración holista, así como la temati-

zación de las perspectivas básicas comunes a los distintos saberes y de las cuestiones humanas más radicales.

Por eso es más culpable e injustificable que la filosofía renuncie a sus investigaciones “macrofilosóficas” precisamente, en las primeras décadas del milenio, cuando se están abriendo paso cada vez más perspectivas inter-, trans-, multi- y post-disciplinares.

Además, si renuncia a ser “macrofilosofía”, confirma el veredicto de sus enemigos y se convierte en un saber moribundo, al que legítimamente las ciencias hiperespecializadas y disciplinadas menosprecian y dejan atrás. Pero creemos que los actuales “giro cultural” y la evolución postdisciplinar de las investigaciones ofrecen nuevas expectativas para la filosofía, especialmente si la microfilosofía asume el diálogo con las ciencias y encara los problemas de hoy (es decir: si es también “macrofilosofía”).

Así evitaremos tanto oponer macrofilosofía y microfilosofía, como reducirnos a la segunda olvidando la primera. La filosofía continuará asumiendo su condición griego-clásica pero habiendo superado la modernización tecnocientífica y la actual disciplinación e hiperespecialización de los saberes. Solo así estará preparada para asumir creativamente el reto postdisciplinar que preside el siglo XXI. Pues creemos —en formulación espinoziana— que todavía no sabemos todo lo que puede llegar a ser la filosofía y las aportaciones que ofrece a la humanidad.

III

Distincuir —sin oponer— “macrofilosofía” de “microfilosofía”

Con aspiración crítico-política, la “macrofilosofía” se propone estudios “holistas”, comparativos y centrados en procesos de gran alcance temporal (*longue durée*), geográfico (globales y no etnocéntricos) y cultural (interdisciplinarios y atendiendo a las mentalidades populares). Para ello, la “macrofilosofía” debe partir de buenos y rigurosos análisis “micro”, poniéndolos en diálogo con el conjunto de las ciencias y planteamientos actuales.

Ahora bien la macrofilosofía evita la mera erudición y —consciente de la creciente complejidad— busca modelizar la realidad para mostrar su orden profundo. Aquí busca síntesis aún más radicales que sus “compañeras” la macrosociología, la macrohistoria, la macroeconomía... ya que apunta a lo común y compartido por todas ellas. La macrofilosofía no pretende ser una imposible suma de todos los saberes, sino más bien la intersección compartida y básica de sus estructuras profundas. Aspira a ser la máxima y más potente modelización de la realidad que explicita lo compartido y básico a todos los saberes.

Cultura, Historia y Estado: pensadores en clave macrofilosófica muestra muchos análisis y pensadores que podemos considerar “macrofilosóficos” y/o que han hecho importantes aportaciones en tal dirección. Muestra que una auténtica “macrofilosofía” es una tarea

de futuro y una labor colectiva, que requiere la colaboración de muchísimos investigadores. Los tiempos postdisciplinares y “críticos” que vivimos (como los de Kant, la Revolución francesa o los inicios de la Revolución industrial) así lo requieren. Por ello hoy hay que salvar a la filosofía de su banalización creciente y recuperar su libérrima aspiración griego-clásica al saber como todo y síntesis global y no como hiperespecializada disciplinación de un pequeño marco problematizador.

Por tanto *Cultura, Historia y Estado: pensadores en clave macrofilosófica* ofrece aportaciones formuladas desde la asunción de los retos actuales de la filosofía, especialmente los macrofilosóficos. En debate con el mejorable estado actual de los saberes, analiza algunas de las más importantes claves que fundamentan y fomentan una arriesgada y ambiciosa visión macrofilosófica. Los presentes ensayos muestran la relevancia de aquellos enfoques y pensadores “macrofilosóficos”, argumentan su necesidad e —incluso— destacan la provocación que representan dentro del actual modelo ultraespecializado de las disciplinas científico-técnicas.

También reivindican la fidelidad y continuidad dialéctica de lo “macrofilosófico” con la tarea permanente de la filosofía. Pues aunque hoy corra el riesgo de olvidarse bajo las tendencias hegemónicas en la actualidad, la filosofía ha sido siempre macrofilosofía y la microfilosofía nunca se oponía a ella. Pero sobre todo, los estudios aquí presentados ponen de manifiesto el sentido contemporáneo de la macrofilosofía que hoy adquiere nuevos y vitales retos en el actual contexto postdisciplinar.

El enfoque claramente “macrofilosófico” de los artículos y aportaciones que constituyen este libro serán la mejor introducción, definición y presentación de la “macrofilosofía”. Esta es una tarea colectiva todavía abierta y en diálogo dialéctico con el presente y las ciencias y disciplinas actuales. Por eso no se trata de algo previo y predeterminado, sino en todo caso de un resultado vivo y en desarrollo que se concretará en función de los distintos estudios.

IV

Evitando algunos síndromes “microfilosóficos”

Como hemos dicho no hay que oponer simplista y maniqueamente macro y microfilosofía. Y en ningún caso hay que estigmatizar la microfilosofía, pues también la hay buena, mala y mediocre, como sucede con la macrofilosofía o cualquier ámbito del saber. Pero en favor de la claridad expositiva, queremos destacar algunos de los síndromes que minimizan la rica potencialidad de la microfilosofía y de los que queremos desmarcarnos. No obstante, reconocemos la fascinación que tuvieron para nosotros (y seguramente todavía tienen).

El primer engaño microfilosófico del que queremos prevenir lo hemos llamado "síndrome fahrenheit 451" en honor de la novela homónima publicada en 1953 por Ray Bradbury y la película de 1966 dirigida por François Truffaut. Pese a que simpatizamos totalmente con la defensa de la sabiduría, la lectura y la cultura que preside estas obras, debemos recordar que confunden la

verdad de los libros con la verdad de la realidad, de la naturaleza y del mundo. Si no hay dictadura ni censura, ese error debe ser superado.

Ciertamente a menudo hay estudiosos tan hiperespecializados y microtextuales que acaban limitándose a ser intérpretes, portavoces o testigos de una única obra o texto. Se convierten en hombres-libro, ya que se limitan a releer uno y guardar memoria de él, como si hoy los libros fueran perseguidos y no pudieran reeditarse continuamente. Este error tiene una componente heroica y mística que lo hace atractivo, pero hay que reconocer que hoy no vivimos —por el momento— en la sociedad distópica que plantea Bradbury y que las importantes amenazas que pesan sobre la cultura y la filosofía son de otro tipo.

Nuestro segundo ídolo lo llamamos "síndrome Pierre Menard, autor del Quijote" en honor del cuento homónimo de Jorge Luis Borges. Aquí también estamos ante el error de confundir la vida y la verdad con un libro. Ciertamente no es como Don Quijote, que cree que la realidad es como los libros de caballería, pero sí presupone que la escritura de un libro (sobre todo si es muy inspirado) responde a una lógica absoluta que, de alguna manera, un estudioso suficientemente hábil y dedicado puede explicitar y reiterar.

Así este estudioso "perfecto" se convierte literalmente en un "hombre-libro" porque se identifica tanto con un texto concreto, que es capaz de reescribirlo entero, suscribiendo y emulando todas y cada una de las opciones de estilo o de concepto que tomó en su momento el autor original. Así aquel libro ya no sería la obra de otro escritor, sino también de uno mismo. Ya no

sería una obra ajena que se ha de leer e interpretar, sino creación total desde sí mismo, con el único matiz de que alguien antes ya había hecho exactamente el mismo camino escritural. Tendríamos pues una única obra, pero dos autores muy lejanos en el tiempo y el espacio; que pronto podrían ser tres... o muchos más.

Todos ellos habrían logrado identificarse hasta tal punto con el escrito analizado que literalmente lo volverían a reescribir con total fidelidad y precisión. Todos ellos serían "hombres-libro" de un mismo y único libro, salvando precisamente el autor clásico original que —normalmente— escribió también otros libros y tuvo además una vida "normal". Curiosamente aquí el menos "hombre-libro" sería el autor original, lo que nos debería hacer reflexionar y exclamar (emulando Aristóteles): por supuesto, amigo de Platón —y de cualquier libro por importante que sea— pero más amigo de la vida, de la realidad, de la historia, de la naturaleza, de la humanidad...

Ciertamente, nuestros dos primeros ídolos tienen un fondo heroico y sublime, a pesar de ser radicalmente insensatos e imposibles. Hay que reconocer sin embargo que, en el fondo, remiten a un profundo impulso que muchos de nuestros estudiosos académicos han heredado de épocas caracterizadas por la escasez y sacralización de los libros. Quizás era por la influencia de las llamadas "religiones del libro" (judía, cristiana e islámica), pues muestran la fascinación que nos produce pensar que toda la verdad estuviera contenida y perfectamente comunicada en un solo y perfecto libro. En tal caso, conocer equivaldría a re-conocer esa verdad leyendo el libro donde está revelada... y nada más. Cualquiera

otra opción, sería un presuntuoso desvío o, incluso, una completa pérdida de tiempo.

En contra de lo que ya avisó Galileo en el *Saggiatore*: el mundo estaría escrito con los mismos caracteres que los libros escolásticos, los cuales contendrían toda verdad y no sería necesario investigar en la realidad, hacer experimentos ni buscar correlaciones matemáticas en ella. El lenguaje verbal, construido convencionalmente por los humanos, se demostraría finalmente como un lenguaje divino que expresa la realidad misma (el ser o el sentido último) de las cosas y del mundo.

El tercer error lo hemos llamado "síndrome New Age". Lo hemos llamado así porque se presenta reiteradamente y de manera muy arquetípica en el disperso género New Age del libro de autoayuda o de sabidurías maravillosas "finalmente desveladas". Ahora bien, como dictamina la sabiduría popular respecto la humilde sopa de ajo, en realidad no son sino el re-descubrimiento o reiteración de unas buenas ideas básicas ya muy antiguas y muy conocidas.

En el mundo académico esa idolatría tiene consecuencias mucho peores que la compra de un libro nada innovador y que contiene consejos que —precisamente por ser muy conocidos— no pueden hacer demasiado daño. Ahora bien en el mundo académico y universitario provoca un error muy reiterado en tesis doctorales y libros de famosos que no tienen ninguna idea nueva a aportar: se presentan -como propias y nuevas- ideas que claramente formularon y popularizaron otros pensadores anteriores (a los cuales, además, se evita cuidadosamente citar).

Lo peor es que, en la mayoría de los casos, no es que se hayan perdido las fuentes o la memoria de aquel primer descubrimiento, sino que —básicamente por pereza o, aún peor, por vanidad y voluntad de engaño— se esconden los indicios y se intentan hacer pasar como descubrimientos propios o innovaciones cosas que no lo son.

El último síndrome que ahora queremos recoger (conscientes de que hay muchos más) parece contrario al anterior, pero creemos que propiamente no lo es. Lo hemos llamado "síndrome Eberhard" en honor del profesor alemán discípulo lejano de Leibniz a quien Kant tuvo que dedicar en 1791 el escrito *Sobre un descubrimiento según el cual toda nueva crítica de la razón pura resulta superflua frente a otra de anterior*. Kant respondía así a la acusación que le había hecho el catedrático Eberhard de que básicamente todas las grandes innovaciones y aportaciones válidas de su *Crítica de la razón pura* ya habían sido intuitas y planteadas por el gran filósofo Leibniz.

Hay que reconocer que Leibniz fue muy innovador y anticipador en cuanto a la tesis de la idealidad o no existencia independiente del observador tanto del espacio como del tiempo. Pero nosotros no apuntamos aquí a eso que, por otra parte, todavía hoy se está profundizando con la teoría de la relatividad o con la física cuántica. Nos limitamos a denunciar el error académico muy reiterado de minimizar los méritos de gente que ha hecho importantes aportaciones, simplemente mostrando que algo parecido —según se mire— ya había dicho alguien antes.

Según este síndrome siempre es posible (precisamente gracias a que se ha leído la obra criticada) encon-

trar antecedentes de cualquier descubrimiento, ruptura o innovación. Este es un ídolo muy fácil de seguir porque, ciertamente, nada sale de la nada y todos los grandes descubridores —incluso los más rompedores— siempre lo hicieron tomando apoyo en otros.

Como dijo Newton: somos enanos que ven más lejos que los gigantes del pasado, gracias a que estamos subidos sobre sus hombros. Aunque eso es claramente cierto, hay que evitar convertir en enanos a genios, simplemente porque estaban en diálogo con otros genios y a que toda gran idea de alguna manera está emparentada con muchas otras. Al contrario, consideramos que en tales casos se debe ser capaz de valorar su aportación, el giro creativo que generan en las problemáticas y perspectivas, la ayuda que representan para pensar de una manera otra o creativa.

Tampoco hay que olvidar —como decía Bernard Shaw— que a menudo el único pecado de muchos grandes pensadores e innovadores ha sido: nacer más tarde que otros muchos pensadores y descubridores. Además, en último término, la humanidad es una especie y ningún hombre es una isla, pues ha sido educado, formado y motivado por otros humanos. Por eso, aunque muchas veces nos cuesta explicitar lo que Kant llamaba "la escondida raíz común", seguramente todas las problemáticas se relacionan entre sí pues el mundo parece ser uno... e íntimamente vinculado.

Finalmente, esperamos que los artículos de *Cultura, Historia y Estado: pensadores en clave macrofilosófica* sirvan tanto para fomentar los necesarios enfoques “macrofilosóficos” como para potenciar análisis “microfilosóficos” que permitan a la filosofía jugar el papel postdisci-

plinar que el presente exige y que se corresponde —cremos— con su origen griego-clásico.

